

SOBRE EL MENSAJE DE NAVIDAD DE PAOLO VI

Landeya (1965)



Los principios que Juan XXIII dejó formulados en sus memorables encíclicas se han visto confirmados con la mayor claridad por su sucesor en su reciente mensaje referente al nacionalismo.

No diremos que estos principios sean una revolucionaria novedad. Para nosotros, trabajadores, que vemos en el internacionalismo proletario, en la unión internacional de los trabajadores, el camino que deberá tomar necesariamente la fraternidad universal de las naciones, estos principios dejan además muchas cuestiones sin definir ni resolver. Pero, tal como son, constituyen un avance incuestionable en la doctrina católica.

La realización de tales principios implica una enorme transformación social. Y ello nos interesa tanto más cuanto que en pocos casos tienen aquellos un campo de aplicación más evidente que en nuestra propia patria, Euzkadi.

El reciente mensaje papal insiste sobre el lugar que deben ocupar las naciones en la comunidad humana internacional. Todo atentado a tal comunidad, que dificulte o imposibilite las funciones naturales que incumben a ésta, constituye una desviación nacionalista.

La inhibición, la negativa a cooperar con otros pueblos, tienen una forma extrema en el nacionalismo imperialista. En éste, la ambición y el orgullo nacionales, las teorías de la superioridad nacional, racial y cultural, concurren a orientar a un pueblo hacia otros, pero no para unirse fraternalmente a ellos, sino para sojuzgarlos, explotarlos o exterminarlos. El imperialismo es la forma última y más inhumana del separatismo.

Como ha explicado Juan XXIII, la auténtica comunidad humana es INTERNACIONAL, se integra de naciones asociadas, libres e iguales. Los valores humanos en general cobran su pleno sentido y realidad en tal género de comunidad. Lo cual exige, por definición y como condición previa, el abandono sin equívocos, en la teoría y en la práctica, del nacionalismo colonialista, el reconocimiento de los derechos y valores propios de cada pueblo. Nuestros "Principios fundamentales de S.T.V." dicen así:

"La renuncia total y sin equívocos a la opresión nacional es supuesto de la alianza INTERNACIONAL de las clases laboriosas. Quien combate el "nacionalismo" liberador de la nación oprimida apoya necesariamente el nacionalismo explotador y retrógado de la nación opresora".

Formular estos principios, aplicarlos a los nazis, a los judíos, a China o al Congo, es necesario. Pero todo sería escapismo puro si no los aplicáramos antes que nada a nuestro propio país.

En efecto, Euzkadi se encuentra sometido a la dominación nacionalista. La política económica, demográfica, la organización de clase, la discriminación racial, lingüística y cultural, la explotación de los trabajadores vascos, impiden el desarrollo y hasta la simple supervivencia de la civilización vasca y, por tanto, toda aportación realmente original, libre, peculiar, del genio vasco a la sociedad y cultura universales. El nacionalismo hispano-francés, "enemigo del separatismo", separa finalmente el mismo cuerpo nacional de un pueblo de dos millones de personas por una frontera que no tiene otra razón de ser que la arbitrariedad colonialista.

Pero faltaríamos a la verdad y la justicia si ocultáramos que la Iglesia es hoy parte integrante y aliada del nacionalismo, y colabora de mil maneras en la política que acabamos de describir. La presencia de fuerzas progresivas en el mismo seno de la Iglesia -en Euzkadi la gran mayoría de la población- no destruye ésta realidad. El trato que aquellas reciben la confirma. Ejemplo notable de ello es la suerte del clero vasco, desde hace treinta años fusilado, exiliado, desterrado, sometido a vetos y discriminaciones en todos los campos de su ministerio. La jerarquía, que en ello colabora reserva sus favores para el clero racista-colonialista que presenta al pueblo la imagen lamentable de una Iglesia uncida al carro del fascismo imperialista.

Las enseñanzas papales, las recientes encíclicas, han abierto al país un nuevo horizonte, una nueva esperanza. Sólo hay un modo de que ésta no se vea defraudada: la aplicación real de los principios, sin la cual éstos no serían sino un nuevo disfraz colonialista. Acabar en nuestro país como en todos con el nacionalismo, el racismo, el separatismo es una tarea que no admite demora. La corrección de los errores pasados y presentes, la reparación en lo posible del mal causado, son el único camino que existe para ello.

Sólamente así podrán realizarse los admirables deseos de los últimos pontífices, en pro de cuya satisfacción no ahorraremos, por nuestra parte, esfuerzo alguno: la más estrecha fraternidad de TODOS los hombres en una auténtica comunidad internacional. Los trabajadores y el pueblo vascos incluidos.